

la humanidad, el enfermo débil aborda sin vacilar la cuestión social por sus lados más áridos y la resuelve imperturbablemente por una serie de invenciones grotescas»<sup>1</sup>. Esta filantropía falta de razón, no guiada por el juicio, que Tourgueneff, con un presentimiento exacto, pero una designación falsa, calificaba de «histérica», no es otra cosa sino una de las formas de aquella emotividad que, en sentir de Morel, constituye el carácter fundamental de la degeneración. El hecho que durante la última hambre en Rusia, Tolstoï ha tenido la suerte de poder desplegar una actividad de las más eficaces y de las más abnegadas para el alivio de la situación angustiosa de sus compatriotas, no puede hacer cambiar en nada este diagnóstico. El caso era sencillo; la situación angustiosa de sus semejantes se presentaba bajo la forma más primitiva: la falta de alimento; la filantropía podía igualmente manifestarse bajo su forma más primitiva: la distribución de alimentos y ropas. No era necesario en esta coyuntura, un vigor especial de juicio, una inteligencia profunda de las necesidades de sus semejantes, y si las disposiciones adoptadas por Tolstoï para socorrer á los desgraciados han sido más eficaces que las de las autoridades, esto prueba sencillamente el atolondramiento y la incapacidad de estas últimas.

Del mismo modo, la posición de Tolstoï con relación á la mujer, que ha de permanecer incomprensible para un espíritu sano, se hará fácilmente inteligible á la luz de la experiencia clínica. Ya hemos repetido aquí en varias ocasiones, que la emotividad de los degenerados tiene por regla general un tinte erótico, porque los centros sexuales están en ellos patológicamente alterados. La excitabilidad anormal de estas partes del sistema nervioso puede del mismo modo tener por consecuencia una inclinación especial por la mujer, como una aversión espe-

<sup>1</sup> Legrain, *Del delirio en los degenerados*, págs. 28, 195.

cial hacia ella. El lazo común que une estos efectos opuestos de un solo y mismo estado orgánico, es la continua preocupación por la mujer, la continua obsesión de la conciencia por representaciones del dominio de la sexualidad<sup>1</sup>.

En la vida intelectual del hombre sano, la mujer dista mucho de tener la preponderancia que tiene en la vida del degenerado. La relación fisiológica del hombre con la mujer es la del deseo periódico de la posesión de ésta, y la de la indiferencia cuando el estado de deseo no existe. El hombre normal no experimenta nunca aversión, y aun menos hostilidad violenta con respecto á la mujer en general; cuando la desea, la ama; cuando su excitación erótica está calmada, permanece con respecto á ella frío y ajeno, pero sin repugnancia ni temor. Es verdad que el hombre, si no hubiera tenido en cuenta más que sus necesidades y sus inclinaciones fisiológicas puramente subjetivas, no hubiera nunca inventado el matrimonio, la unión duradera con la mujer. No es esta, con efecto, una institución sexual, sino social; no descansa sobre los instintos orgánicos del individuo, sino sobre las necesidades de la colectividad; depende del orden económico existente y de las concepciones reinantes del Estado, de su misión y de sus relaciones con respecto al individuo, y cambia de forma con éstos. El hombre puede—ó debiera á lo menos—escoger por amor para esposa á una mujer determinada; pero lo que, una vez su elección hecha y su objeto alcanzado, le retiene en el matrimonio, no es ya el amor fisio-

<sup>1</sup> No tengo el propósito, en un libro destinado ante todo al lector en general, de pararme á considerar este punto escabroso. Los que quieran tener más detalles sobre el erotismo enfermizo de los degenerados, no tienen más que leer las obras de Pablo Moreau (de Tours), *Sobre las aberraciones del sentido genésico*, 2.<sup>a</sup> edición, París 1883, y de Krafft-Ebing *Psychopatia sexualis*, Stuttgart 1886. Los trabajos análogos de Westphal (*Archivos de psiquiatría*, 1870 y 1876), de Charcot y de Magnan (*Archivos de neurología*, 1882), etc., no son en modo alguno accesibles para los profanos.

lógico, sino una mezcla complicada de hábito, de reconocimiento, de amistad asexual, de comodidad, el deseo de procurarse ventajas económicas (en el número de las cuales hay que contar un interior bien arreglado, la representación mundana, etc.), la idea del deber hacia sus hijos y el Estado, y también más ó menos la imitación maquinal de una costumbre general. Pero sentimientos tales como los que son descritos en la *Sonata de Kreutzer* y en *La Novela del Matrimonio*, jamás los experimenta el hombre normal con respecto á su mujer, ni aun si ha dejado de amarla en el sentido biológico de la palabra.

De una manera muy diferente se presentan estas condiciones en el degenerado. Está completamente dominado por la actividad enfermiza de sus centros sexuales; la idea de la mujer tiene en él el poder de una obsesión; se da cuenta de que no puede resistir á las excitaciones que parten de la mujer, que es el esclavo indefenso de ésta, y que estaría pronto, á una mirada y á una señal suya, á cometer todas las locuras y todos los crímenes. Ve, pues, necesariamente, en la mujer, una fuerza de la naturaleza siniestra y omnipotente, que ofrece á la vez la más refinada voluptuosidad y ejerce una acción destructora, y tiembla ante este poder al cual se halla entregado sin defensa. Si después vienen á añadirse á esto las aberraciones que casi nunca faltan; si comete realmente por culpa de la mujer, actos que él mismo condena y por los cuales tiene que despreciarse á sí mismo, ó bien si la mujer, sin necesidad de que el hombre llegue hasta realizar esos actos, despierta en él impulsiones é ideas cuya abyección ó perversidad le horrorizan, entonces el horror que le inspira la mujer se convertirá, en los momentos de agotamiento en que la reflexión es más fuerte que el instinto, en repugnancia ó en odio furioso. El degenerado erotómano se conduce, con respecto á la mujer, como el dipsomano con respecto á la bebida alcohólica; Magnan ha trazado un cuadro terrible de las luchas que entablan, en el espíritu

del borracho, la pasión violenta de la bebida y la repugnancia, el horror que siente hacia ella <sup>1</sup>. El espíritu del erotómano es el teatro de luchas semejantes, pero probablemente todavía más intensas; conducen á veces al desgraciado que no ve otro medio de sustraerse á sus obsesiones sexuales, hasta la auto-mutilación. Es sabido que hay en Rusia una secta entera de degenerados, los *skoptzi*, que practican sistemáticamente la mutilación como el solo procedimiento eficaz para sustraerse al diablo y llegar á ser bienaventurados. Pozdnischeff, en la *Sonata de Kreutzer*, es un skopetz sin saberlo, y la moral sexual enseñada por Tolstoï en esta narración y en sus escritos teóricos es la expresión literaria de la psico-patía sexual de los skoptzi.

El inmenso talento literario de Tolstoï tiene, sin duda alguna, parte en el éxito universal de sus obras, pero no la mayor parte. Como lo hemos visto, con efecto, al principio de este capítulo, no son sus creaciones más notables desde el punto de vista artístico, las obras de sus mejores años, sino sus trabajos místicos posteriores, los que le han conquistado á sus fieles. Esta acción se explica por razones no estéticas, sino patológicas. Tolstoï hubiera pasado inadvertido como un Kundsén cualquiera del siglo XVII, si sus ensueños de místico degenerado no hubieran encontrado á los contemporáneos preparados para aceptarlos; la histeria de agotamiento tan extendida era el terreno indispensable sobre el cual únicamente podía prosperar el tolstoísmo.

Que el nacimiento y la difusión del tolstoísmo no sean imputables al valor intrínseco de los escritos de Tolstoï, sino al estado de alma de sus lectores, es cosa que resalta con toda claridad de la diferencia de las partes de su

<sup>1</sup> Véase Magnan, *Lecciones clínicas sobre la dipsomanía, dadas en el asilo Santa Ana*. Recopiladas y publicadas por el Dr. Marcel Briand. París 1884.

sistema que han producido impresión en los diferentes países. Y es que, en cada pueblo, sólo despiertan eco aquellas notas que están al diapason del sistema nervioso de dicho pueblo.

En Inglaterra, la moral sexual de Tolstoï fué lo que tuvo mayor éxito, puesto que en dicho país las condiciones económicas condenan al celibato á una masa espantosa de muchachas, precisamente de las clases cultivadas; estas infelices criaturas han de hallar pues naturalmente inapreciables consuelos en su vida solitaria y sin objeto, para calmar su cruel exclusión de sus funciones naturales, en una doctrina que exalta la castidad como la más alta dignidad y el más sublime destino del hombre y anatematiza con una sombría cólera el matrimonio como siendo una espantosa depravación. Por esta razón la *Sonata de Kreutzer* ha llegado á ser el libro de edificación por excelencia de todas las solteronas de Inglaterra.

En Francia, lo que se aprecia especialmente en el tolstoísmo es que arroja á la calle á la ciencia, despoja á la inteligencia de todos sus empleos y dignidades, predica la vuelta á la fe del carbonero y no estima felices más que á los pobres de espíritu. Esto es llevar el agua al molino de los neo-católicos, y esos mismos místicos por intención política ó por degeneración, que edifican una catedral al piadoso simbolismo, erigen también á Tolstoï uno de los altares mayores de su iglesia.

En Alemania se encuentra, en suma, poco entusiasmo por la moral de abstinencia de la *Sonata de Kreutzer* y por la reacción intelectual de *Mi Confesión*, *Mi Religión* y *Los Frutos de la Educación*; por el contrario, los fieles alemanes de Tolstoï adoptan como dogma su vago socialismo y su filantropía enfermiza. Todos los cerebros brumosos de nuestro pueblo que experimentan, no ya por sobria convicción científica, sino por emotividad histérica, inclinación hacia un socialismo dulzón y blanducho que viene á parar, sobre todo, en la distribución de bonos de

sopa á los proletarios y en la lectura ó en la contemplación apasionadas de novelas y dramas sentimentales tomados de la pretendida vida del obrero de las grandes ciudades, ven naturalmente en el comunismo mendicante de Tolstoï, que ultraja todas las leyes económicas y morales, la expresión del amor—muy platónico—que sienten hacia los desheredados; y en los medios sociales en los cuales el racionalismo anodino, retrasado por lo menos en cien años, del Sr. d'Egidy, ha podido hacer sensación y su primer escrito provocar cerca de cien respuestas, adhesiones y comentarios, la *Breve Exposición del Evangelio* de Tolstoï, con su negación de la naturaleza divina del Cristo y de una existencia después de la muerte, con sus efusiones extravagantes de un amor sin objeto, de santificación personal incomprensible y de moralidad palabarrera, y singularmente con su asombrosa interpretación de los pasajes más claros de las Escrituras, tenía que constituir un suceso extraordinario. Todos los adeptos del señor d'Egidy son secuaces predestinados de Tolstoï, y todos los admiradores de Tolstoï cometen una falta de lógica al no entrar en el nuevo Ejército de Salvación del Sr. d'Egidy.

Por el timbre particular del eco que el tolstoísmo ha despertado en los diferentes países, se ha convertido en un instrumento que, mejor que ninguna otra forma de degeneración en la literatura contemporánea, puede servir para determinar, medir y comparar el género y grado de degeneración y de histeria en las naciones civilizadas en las cuales se observa el fenómeno del Crepúsculo de los Pueblos.